

El barrio de los Rastis de oro

Sofía Sanabria



Capítulo 1

Jamás hubiera creído lo lejana y extranjera que me sentiría dentro de los límites de la misma provincia en la que nací, me crié, crecí, y me convertí en lo que soy hoy. Jamás pensé que tan pocos metros me dividirían de un universo que me resultaría completamente ajeno. Jamás hubiera creído que un lugar como Puerto Madero Este se encontraba en el mismo país, si quiera en el mismo continente, que yo. En la actualidad Puerto Madero está subdividido en dos sectores notorios: Madero Oeste y Madero Este; Madero Oeste es el área "menos exclusiva" ya que se encuentra al oeste de la barrera acuática que forman los depósitos de mercancía, Madero Este se encuentra no solo tras (al este) de estos, sino también inmediato al Río de la Plata.

De por sí el paisaje al cruzar la General Paz muta en edificios, negocios, y en caudales de gente de aquí para allá, las cuales su existencia pareciera depender de un único objetivo: llegar a un lugar específico a tiempo. Este cambio drástico de panorama se intensifica más allá del Puente de la Mujer, donde edificios, rascacielos y torres completamente espejadas, invaden hasta la más remota esquina del territorio.

Noté que las veredas se unían en un uniforme color gris. Metros y metros del mismo color y la misma textura, lo cual me pareció de lo más atípico. Mi cabeza era incapaz de concebir la idea de que las baldosas no cambiasen de color y forma cada pocos metros. ¿Cómo podía ser que las cuadras no parecieran collages multicolores de pisos? Directamente asocié eso con la frivolidad, no se muy bien por qué. Quizás porque el gris se encuentra entre los colores fríos. O tal vez porque "gris" simboliza algo sin vida, sin gracia. Como el cemento de aquella superficie. Lo cierto es que no podía imaginarme a nadie en esa vereda tomándose un mate lavado con el vecino, o a los niños del barrio jugando a la mancha. De hecho no podía -no puedo- imaginarme la idea de que se conozcan entre vecinos. O si siquiera podrían considerarse vecinos, con tanta distancia de por medio. Distancia en más de un sentido.

Pensaba en cuán distinto sería mi barrio si estuviese así de custodiado, cuan más relajados estaríamos si nuestra seguridad dependiera de algo más que pequeños carteles amarillos con la inscripción "vecinos en alerta". Cómo dejaríamos la paranoia de mirar para todos lados cada vez que ponemos un pie fuera de nuestras casas. Y dentro también. También pensé, en que ni aunque recorriera hasta el último rincón de esa zona, encontraría un par de zapatillas colgadas en los cables de la luz. Ni caballos esqueléticos transportando familias enteras. Ni el sonido del afilador para hacer notar su presencia cada mañana como un gallo despertador.

Las familias que paseaban aquel domingo, con el perro o en rollers, parecían mucho más felices que las que suelo ver. Como si vivir con en esas torres que parecieran faltarle el respeto al cielo y a las nubes, fuera a ser la garantía de una vida más próspera. Como si vivir en aquella burbuja de primer mundo, fuera a traer nada más que goce. Como si vivir en aquella mentira de lo que en verdad es el país, fuera a ser la vida ideal. Pero claro, es ideal, porque existe nada más que en el mundo de las ideas.